

REPÚBLICA DE COLOMBIA

Departamento de Antioquia

BIBLIOTECA DE ZEA

MEDELLIN

DESCARTADA

860(83(05)



LA

BIBLIOTECA DE ZEA

ESTRELLA DE CHILE

REVISTA LITERARIA SEMANAL

AÑO NOVENO

1875—1876



TOMO X

SANTIAGO DE CHILE.

IMPRESA DE "LA ESTRELLA DE CHILE."

19 J. — AGUSTINAS. — 19 J.

1875

NOVENO AÑO

REPUBLICA DE COLOMBIA
Departamento de Antioquia
BIBLIOTECA DE ZEA
MEDALLIN

Nuestros estimados cooperadores i amigos, los miembros del *Círculo de Colaboradores de LA ESTRELLA DE CHILE*, con el Ilmo. Señor Obispo de la Concepcion, su presidente honorario, a la cabeza, han querido celebrar el noveno aniversario de la fundacion de LA ESTRELLA DE CHILE con una fiesta por de mas lucida, simpática i entusiasta, que tuvo lugar en la noche del miércoles 6 del corriente.

El Ilmo. Señor Obispo ha visitado por la tercera vez ya el hogar de LA ESTRELLA DE CHILE, honrándolo con su presencia i trayendo, con su benévolo i prestigioso aplauso, aliento i recompensa despues de cada nuevo año de trabajo.

Su benevolencia nos llena de gratitud i sus aplausos nos estimulan a merecerlos.

En cuanto a nuestros amigos del *Círculo de Colaboradores*, esos nuestros infatigables i distinguidos cooperadores, no tenemos mas que mostrarles LA ESTRELLA DE CHILE, que es obra exclusivamente suya, i declinar en ellos el honor de la campaña.

Por lo demas, los que nos han visto en la labor en los años anteriores, conocen ya, por ese solo hecho, nuestros propósitos i nuestro programa para el porvenir.



LA IGNORANCIA RELIJIOSA.

La ignorancia en materias relijiosas es, entre los males que afligen a la sociedad moderna, uno de los mas graves. En época alguna se ha descuidado tanto como en la actual el estudio de la relijion i en época alguna se han tratado asuntos mas importantes, mas íntimamente unidos a las creencias, por mas que se les llame asuntos políticos: jamas por lo mismo se ha necesitado mayor caudal de conocimientos relijiosos.

Miéntras en todos los demas ramos del saber humano se aumentan los estudios, se descuida de propósito i se intenta suprimir del todo el estudio mas alto, mas noble, mas importante para el hombre, no solo considerado con relacion al último fin, sino aun teniendo en vista el órden de la sociedad, la honradez i la felicidad del individuo. Bien sabe la impiedad que la ignorancia es de ordinario su compañera i la que le presta mas eficaz auxilio: la impiedad está en el error i el error supone siempre ignorancia.

La falta de conocimientos relijiosos ha dado oríjen a cierta clase de catolicismo tan difícil de definir, como fácil de encontrar, sobre todo en los hombres públicos. La ignorancia los ha llevado allá i les impide salir del estado en que se encuentran. Hombres que no practican; que de mui atras han dejado de amar a su relijion; que se sienten inclinados por sus pasiones a buscar pretextos para cohonestar faltas que el público puede no conocer, pero que la conciencia les echa continuamente en cara, son, mas que hijos, enemigos encubiertos de la Iglesia. Quizas ellos mismos no se dan cuenta de lo que les pasa: si quisieran examinar con frialdad su conciencia, conocerian que siempre están por los enemigos de la relijion, por los encarnizados perseguidores de los católicos; que miran como hombres peligrosos i funestos a cuantos los católicos aman i la impiedad combate; que, cuando algun desgraciado, llámese Passaglia, Dœllinger, Loyson o de cualquiera otra manera, da a la Iglesia un dia de luto con su apostacía, sienten hácia él repentino entusiasmo i admiracion sin límites.

¿Qué significa esto? Por una parte manifiesta que para tales hombres la relijion es poco mas que una cosa de costumbre: se llaman católicos porque así se han llamado siempre i porque para pasarse abiertamente al campo enemigo tendrian que romper con ciertas consideraciones i lastimar no pocas afecciones respetables; tambien, i sobre todo en los principios, les quedaria un temor vago i una indefinida inquietud, que corresponden a la

idea confusa que conservan desde su niñez de la verdad del catolicismo.

Si esos hombres hubieran estudiado la religión, si se encontraran en aptitud de darse cuenta de las magníficas pruebas de la verdad de ella, fuesen cuales fuesen las faltas i las pasiones que los agobiaran, habria mucha mayor esperanza de su conversión. La voz de la conciencia seria tanto mas clara, cuanto mas claras fueran para la inteligencia las nociones del deber; podrian medir el hondo abismo que nosotros vemos en las extrañas simpatías que sienten hácia los enemigos de la Iglesia; se asustarian de sus propios aplausos i de las censuras que prodigan; harian quizas esfuerzos para apartarse del fatal camino en que han entrado.

La ignorancia en materias religiosas les hace sumamente difícil el remedio. Ni saben con firmeza lo que deben creer, ni conocen las razones que militan en favor de su fé, ni se inquietan por los muchos errores que unos en pos de otros van poco a poco aceptando, pues no son capaces de conocer su importancia.

Se han creído católicos i se seguirán creyendo tales, por mas que rechacen las enseñanzas de la Iglesia, que se aunen con los enemigos de ella para combatirla i que estén siempre prontos a constituirse en verdugos de la que continúan llamando madre.

Los impíos los aplauden sonriéndose i ellos se enorgullecen con aplausos que debieran abrirles los ojos; sus pastores i los verdaderos católicos les dicen que se apartan de la Iglesia: léjos de creerlo se indignan i acostumbran contestar: "Somos mas católicos que el Papa."

Dicho esto, quedan satisfechos i tranquilos.

En realidad, a estos católicos les importa poco o nada el pertenecer a la Iglesia, cuya verdad desconocen: son católicos de nombre i se conforman con eso. Pero hai otros que sinceramente quieren seguir siendo fieles hijos de la Iglesia, cuyos preceptos se imaginan cumplir. Si a la ignorancia reunen cierto barniz de instrucción religiosa, nacido de los estudios que en sus primeros años hicieron, i que aunque escasos i olvidados ya, les bastan para creerse sabios, son realmente invulnerables.

Tienen a la mano tres o cuatro contestaciones absurdas para salir de todas las dificultades i eludir las leyes mas claras i mas importantes de la Iglesia.

Cuando uno se encuentra con esta clase de doctores no sabe que admirar mas si la supina ignorancia, la audacia i el convencimiento de la propia ciencia o la pasmosa tranquilidad con que declaran no obligatorias para los católicos las doctrinas de la Iglesia que ellos en su sabiduría rechazan. Hacen a cada instante distinción entre ultramontanos i católicos, entre católicos exajerados i católicos moderados, entre el Papa i la corte romana. Dan las explicaciones mas absurdas en cuanto se refiere a la condenación de sus errores i se declaran libres para creer lo

que les place sin dejar de permanecer dentro del gremio de la Iglesia.

Decíame un dia uno de estos sapientísimos creyentes:

—Ha sido una gran desgracia la proclamacion del dogma de la infalibilidad pontificia: ha traído profundas divisiones a los católicos.

—¿Cómo puede haber traído divisiones? Ha concluido, al contrario, con las que amenazaban nacer entre ellos. Antes de esa declaracion, algunos pensarian de una manera errada: hoi para ser católico es necesario comenzar por reconocer la infalibilidad.

—Eso nó: yo soi católico i no creo en la infalibilidad del Papa. En vano discutimos: era invencible.

Convenia en que la Iglesia i los concilios son infalibles i no podia negar que un concilio ecuménico acababa de definir el nuevo dogma; pero rehusaba someterse a una definicion que, segun los antecedentes aceptados por él mismo, era obligatoria e infalible.

¿Cómo se componia para reunir tan monstruosas contradicciones? Despues de respuestas cada vez mas absurdas se atrincheró definitivamente en la mas absurda de todas: “No estamos obligados a creer lo que la Iglesia enseña, miéntras bulas, breves i definiciones conciliares no hayan obtenido del gobierno el correspondiente *pase*.”

¿De dónde le viene al Estado ese poder? No sabia decirlo, pero estaba firme en su creencia.

La Iglesia es infalible; ha condenado el error de los que sostienen que, para ser obligatorias sus decisiones han menester la sancion del poder civil.

Cierto; pero tampoco obliga esa definicion, porque tampoco ha obtenido *pase*.

¿Depende, entónces, del poder laico el reglar la fé de los católicos? Los fieles de Rusia, Prusia, Béljica, Inglaterra, Holanda, Italia, Norte-América, de la India i de la China, los católicos que habitan paises de infieles o cuyos gobiernos son cismáticos, protestantes o enemigos del catolicismo ¿podrán creer lo que quieran de todos los dogmas, puesto que ninguno de ellos ha tenido el indispensable *pase*? ¿Podrán creer lo que quieran i seguirán siendo católicos?

El hombre no sabia que contestar, pero estaba mui léjos de declararse vencido. Oia con profundo desden las observaciones i concluia diciendo siempre que él entendia las cosas, que habia estudiado, que era verdadero católico i que estaba resuelto a rechazar las novedades que hoi se empeña en introducir el partido ultramontano, dominante en los consejos de Pio IX.

Cualquiera se hubiese figurado oir hablar a un loco: tantos eran los desatinos i tanta al propio tiempo la seguridad i aplomo con que los ensartaba.

Para probar su catolicismo sacaba a lucir a cada instante su confesion anual; “pero, añadia siempre, no aceptaré novedades

ni creeré absurdos, i es una novedad i un absurdo suponer que un hombre no puede engañarse.”

Creia, por cierto, en el Santísimo Sacramento i no hacía mucho tiempo que habia comulgado.

—¿Acaso, le preguntaba yo, es ménos maravilloso que todo sacerdote convierta, con las palabras de la consagracion, el pan en el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Nó es este milagro mas grande que la asistencia dada al Papa por el Espíritu Santo para que jamas enseñe a la Iglesia el error?

—Puede ser, pero lo de la Eucaristía lo hemos creído siempre.

No hai medio humano para convencer a quien discurriendo así se cree un sabio. Solo Dios puede hacer el milagro de convertirlo, milagro que será no ménos admirable que el de la infalibilidad pontificia. Pero, como no hemos de estar pidiendo milagros a Dios, obligacion de todo católico es propender a la difusion de la enseñanza relijiosa para que la luz de la verdad de nuestra fé arrebate a la impiedad una de sus armas mas poderosas.



CRESCENTE ERRÁZURIZ.

DON GABRIEL GARCIA MORENO.

Pues ya ha comenzado para el grande hombre del Ecuador esa segunda vida, que nunca alcanzan las almas vulgares, es tiempo de que nos detengamos un momento delante de su tumba para recordar, aunque sea a la lijera, los méritos que lo adornaron, los sacrificios que hizo por su patria i los bienes que con pródiga mano derramó sobre ella.

Para García Moreno comienza la posteridad. El puñal de asesinos infames, comprado por hombres mas infames aun, le ha abierto una tumba trájicamente gloriosa; i hé aquí que ante su cadáver, palpitante aun, se pronuncian con igual fuerza opiniones distintas. Unos le llaman mártir, otros tirano; los unos lloran su muerte como una desgracia irre-

parable, mientras que los otros muestran un inmundo gozo que lleva la indignacion a los corazones honrados.

Es la historia de siempre, la lucha de las pasiones, el odio i el amor que traban enconada lid, i mientras tanto el que es objeto de juicios tan encontrados yace en la tumba indiferente al afecto i al odio de los hombres.

A don Gabriel García Moreno le ha cabido esta suerte, i el hombre honrado e imparcial que compara lo que de ámbas partes se dice acerca de ese célebre muerto, conviene desde el primer momento en que el mutilado cuerpo que encierra la tumba estaba animado por un espíritu de aquellos que realizan grandes obras, que pueden ser la ruina de un pueblo o los fundadores de su ventura.

El pueblo ecuatoriano, mas que nadie interesado en fallar en el gran proceso que la posteridad va a instruir al señor García Moreno, es un testigo elocuente que depone en su favor, vertiendo lágrimas por su muerte i dando con su sumision al gobierno establecido una muestra evidente del respeto que le merece su memoria. El Ecuador entero ha llorado, sintiéndose desde la primera hora lleno de horror por el crimen i de ardientes simpatías por la víctima. Los únicos que han celebrado su muerte son los eternos conspiradores, los asesinos de las lojias, los que de años atras conspiran desde léjos contra su propia patria, solicitando para llenarla de luto la espada i el oro de gobiernos extranjeros, a trueque de cesiones de territorio u otras concesiones mas o ménos infames.

Los enemigos de García Moreno pertenecen en jeneral a la clase de los perturbadores del sosiego público, a los merodeadores de la fortuna del Estado i a los que tienen por única aspiracion el convulsionar la sociedad i echar por tierra los altares de Cristo.

A estos hombres, que de ningun modo confundiremos con los opositores honrados que haya podido tener el gobierno de la noble víctima, se debe el que los asesinos consumaran su repugnante crimen; ellos fraguaron en la sombra su plan de sangre; pero, felizmente no serán ellos los que recojan el fruto del hecho atroz que ha escandalizado con razon a toda la América.

García Moreno supo fundar sobre bases firmes un go-

bierno fuerte i ahogar la anarquía que se enseñoreaba omnipotente sobre su desgraciada patria. El Ecuador agonizaba en estériles luchas i él vino a ser su pacificador. Entre el estruendo de los combates i los gritos de odio con que atronaban los aires los rivales de uno i otro campo se apagaban las voces con que la caridad llamaba a la paz i a la fraternidad a los que siendo hermanos habian llegado a olvidarse de su comun oríjen. La fé oscilaba como una llama vacilante; los revolucionarios se empeñaban en apagarla del todo, persiguiendo a los sacerdotes i condenando al ostracismo a los apóstoles de la verdad. En estas circunstancias él apareció, con su grande alma i su voluntad inquebrantable a pelear las batallas del bien. Estaba resuelto a volver a su patria la dicha o a perecer en la demanda, a no transijir nunca con la conciencia, a morir como el buen soldado abrazado al estandarte que con mano vigorosa sostenia. En esas circunstancias García Moreno, hombre de estudios, que cosechaba a manos llenas los frutos de una sabiduría precoz, arrojó la pluma i abandonó la soledad de su gabinete para ceñirse la espada; i la espada que en manos de muchos es un instrumento de destruccion i matanzas fué en las suyas un arado májico con que trazó los cimientos del órden i la prosperidad social.

Si en medio del furor de la lucha su mano se deslizó alguna vez al imponer el castigo a los que desgarraban el seno de la madre comun, si alguna vez el odio se albergó en su alma i su justicia fué un poco mas allá de lo que debiera, son tantos los bienes que hizo, tantos los sacrificios que el Ecuador le debe, que seria una injusticia incalificable arrojarle lodo por lo que es imposible evitar por los hombres. García Moreno tuvo sus errores i sus faltas; pero no los que le achacan sus enemigos, empeñados en calumniarlo cuando vivia, i que aun despues de muerto persiguen su memoria con cínica i cobarde diatriba.

Los que aplauden el crimen de Rayo son mas miserables que él: el asesino que se vende no es ménos infame que el que pagó su puñal.

García Moreno ha pasado, pero su obra queda en pié para dicha del Ecuador. Allí están los colejos que fundó, el observatorio astronómico, que a costas de innumerables

sacrificios levantó para que su patria, en medio de su pobreza, pudiera contribuir al cultivo de la ciencia i al bien de la humanidad; allá quedan, para testificar su amor al pueblo, las escuelas abiertas para sus hijos que vivían en la ignorancia, muchas de ellas establecimientos modelos, algunos de los cuales da educación a más de cuatrocientos niños. Cuando él subió al poder, no quedaba casi nada de lo que fundaron los antiguos patriotas; no había caminos que comunicase a la capital con el floreciente Guayaquil, único punto por donde podía penetrar la riqueza a ese país desventurado; la industria nacional había desaparecido, nadie casi atendía al fomento de la agricultura, quedando solo odios i ruinas en un país llamado por la naturaleza a la prosperidad i la abundancia.

Su obra ha sido fundar lo que faltaba, levantar lo destruido, dar aliento i protección al trabajo i a la inteligencia. Digan lo que quieran sus apasionados detractores de hoy o de ayer, la posteridad hará a García Moreno una espléndida justicia, llamándolo el segundo fundador de la patria ecuatoriana.

Hoy por hoy va haciéndosele justicia i fuera de su país recibe testimonios que no recordamos, entre nosotros por lo menos, los haya recibido ningún otro ilustre americano.

Se dirá tal vez que estos honores no pesarán en la balanza de la historia por venir de parte de amigos que miraban en él una esperanza para su causa. A los que tal digan les preguntaremos ¿si creen que un hombre vulgar i un tirano sanguinario puedan merecer nunca homenajes como los que rinde al señor García Moreno una buena parte de los hijos de un país que como Chile rinde a la libertad i a la justicia tan noble i ardoroso culto?

Nó, los que honran en Chile al señor García Moreno no aplaudirían jamás al déspota, no elevarían nunca sus plegarias por un extranjero manchado por el crimen, por más que ese extranjero hubiese prestado sus servicios a la causa del orden i la religión.

El señor García Moreno ha sido honrado en Chile como un mandatario modelo, como un hombre de fé, como restaurador de su patria, como el amigo más sincero i leal de la nuestra; ¡merecida ovación, póstumo i desinteresado home-

naje que solo se rinde a la memoria de los justos i de los grandes patriotas!

¡I qué justo es el llanto que los chilenos vierten sobre la sepultura del que en vida los amó tanto! El que esto escribe recuerda todavía con enternecimiento cuánto nos amaba el repúblico ecuatoriano, cuán de corazon aplaudia nuestros progresos siendo uno con nosotros para llorar nuestras desgracias o celebrar nuestras dichas.

En la época aciaga de la guerra con España, García Moreno, sacrificando acaso los intereses de su país hizo causa comun con nosotros, cerró a las naves enemigas el puerto de Guayaquil i cortó la corriente del comercio patrio con la antigua metrópoli sola i únicamente por hacer revivir la antigua alianza de los pueblos americanos contra sus antiguos opresores.

Nada podia Chile dar al Ecuador i a esta nacion le interesaba en gran manera conservar sus relaciones con España, que le compraba sus ricos productos, dándole en cambio de ellos el oro con que hacia sus gastos. Pero García Moreno no miró nada de esto; sacrificó el interes al honor; ántes que ecuatoriano quiso mostrarse americano. i abrazó con amor nuestra causa, digna por cierto de excitar el entusiasmo de corazones como el suyo.

Nuestras instituciones, nuestro modo de ser político i nuestras costumbres sociales eran para él motivo de profunda observacion. Cuanto veia aquí de bueno hubiera querido implantarlo en su patria. Nos admiraba i nos queria; siendo su mas ardiente aspiracion hacer del Ecuador un segundo Chile.

El pueblo chileno supo corresponder al grande hombre i las mas distinguidas familias de nuestra sociedad tenian a honra ofrecerle sus obsequios. Dígase lo que se diga, nadie ha merecido en Chile ovaciones iguales.

En el tiempo que residió entre nosotros pudimos observar de mui cerca cuanto era querido de nuestros paisanos. A pesar de la diferencia de posicion i de edad le debimos un cariño que ha empeñado para siempre nuestra gratitud; dia a dia le veíamos en su hogar i podemos decir que a todas horas se hallaba rodeado de cuanto hai de mas digno en nuestra sociedad.

Hacia una vida modesta, porque García Moreno era pobre i no queria ser gravoso a su patria; pero esa pobreza honrada era una aureola mas que aumentaba su prestigio. Lo que hubiera podido gastar en un boato que desdeñaba con razon, lo empleaba en libros, para aumentar el caudal de su ciencia i hacerse cada dia mas útil a su patria.

Sus ratos libres los dedicaba en el estudio, pasion eterna de su vida; los demas los daba a la amistad i al cumplimiento de altos i patrióticos deberes.

Su mayor gusto era hablar de ciencias i de arte, instruirse en nuestra historia i costumbres i averiguar el secreto de nuestra paz i de nuestra dicha política.

Aun recordamos nuestra despedida de él. Graves deberes públicos i las afecciones de su corazon lo llamaban a su patria; deseaba con ansia llegar allá, i sin embargo oscurecian las lágrimas sus espresivos i vivaces ojos.

—Año demasiado a Chile, nos decia; para dejarlo sin una pena profunda.

—¿Nos volveremos a ver? le preguntamos entónces conmovidos.

—¡Talvez!, nos respondi6; i si algun dia me veo obligado a dejar mi patria, no tendré otra que este hermoso i próspero pais, cuya memoria no olvidaré jamas.

Mas tarde, cuando lo felicitábamos por su advenimiento a la suprema magistratura, nos repetia lo mismo; muchas veces nos lo ha repetido despues en sus cartas llenas todas de recuerdos para sus amigos i de fervientes votos por la felicidad de Chile.—Eso era García Moreno. Nunca tendremos los chilenos un amigo igual.

Grato nos es ver hoy que nuestra patria sabe corresponder al ilustre finado el entrañable amor que le debia, honrando su memoria i deponiendo coronas sobre su tumba. I sepa el pueblo ecuatoriano que su luto ha sido el nuestro, que la mayoría del pais venera la memoria del abnegado amigo, del gran patriota, cuyo nombre colocará la historia al lado del de Portales, tan grande quizás como él i como el víctima de alevosos asesinos que le dieron la muerte por haber procurado en cuanto estaba a su alcance la gloria i la felicidad de su patria.

ENRIQUE DEL SOLAR.

UNA INVENCION DIABOLICA.

Es cosa averiguada que por ciertos caminos se llega a la boca del infierno. Yo la he visto, no sé si durmiendo o despierto. Mas, sea de ello lo que fuere, en estando yo vivo nadie sabrá el nombre de ese lugar, i ménos su situacion; pues no quisiera que a alguno le entrasen ganas de hacer el viaje; amen de que el secreto guardado me libra de contradicciones, ahora que las jentes han dado en la singular impertinencia de no creer las cosas, por mas disparatadas que sean, miéntras no se les den pruebas claras como la luz del dia. ¡Felices tiempos aquellos en que la palmeta del maestro era el mejor de los argumentos! En fin, para satisfaccion de los pocos que quieran contentarse con la palabra de un hombre honrado, yo juro i tornaré a jurar las veces que fuere menester que en un lugar de la tierra se encuentra la boca del infierno i que yo la he visto por mis propios ojos, i “a quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga....”

Digo, pues, que yendo camino de la vida al fin de la jornada se llega a la posada que llaman de la muerte, donde permanecen mui corto rato los viajeros. Allí el gran camino se parte en dos, de los cuales, el uno es mucho mas dilatado i recorrido. Siguiendo cuyo derrotero fuí a rematar ante un edificio de extraña fábrica i no ménos maravillosa invencion. Todo él lo forma una asperísima montaña, que el arte diabólica ha gastado i labrado a manera de toscas, pero, fuertes murallas i elevadísimos torreones. Circúndalo una espantable fosa, cuyas negras e hirvientes aguas se desprenden del vecino monte, produciendo con su caida el único i temeroso ruido que el silencio de aquellas soledades interrumpe. No pude ver mas del edificio porque no tardaron en abrirse las puertas, i luego me encontré en medio del patio central en cuyo recinto tienen principio hasta cincuenta galerías, por las cuales, tan pronto como llegan, conducen las almas a su destino.

La principal de ellas remata en la espaciosa sala en que se celebran las grandes asambleas infernales. Su entrada jamas se permite a las almas que en la tierra han animado cuerpos mortales, excepto las que durante su vida conquistaron una funesta celebridad por haber sido activos auxiliares del demonio, ya esparciendo perversas doctrinas, ya incitando a los demas hombres con malos ejemplos a entregarse a sus torpes apetitos i depravadas inclinaciones. A éstos no solo dan entrada, sino que les re-

servan los primeros asientos entre los demonios de mas elevada jerarquía.

De una de estas asambleas pienso dar cabal cuenta a los habitantes de este mundo de curiosos e inocentes, pues me cupo en suerte presenciar la mas notable de que guardan memoria los anales del infierno.

Cuando yo bajé al mundo subterráqueo, en la tierra era la hora en que las estrellas comienzan a mostrar los primeros i vacilantes rayos, hora en que se apoderan del espíritu mil sensaciones vagas, incoherentes, indefinibles, que sumerjen el alma en un delicioso letargo, o bien la dejan invadir por terrores misteriosos sin causa aparente, mezclados, a veces, con sensaciones de placer indescriptibles i cuyo oríjen ignoramos. Era la hora en que el tardo vuelo del ave, encanto de la hechicera, interrumpe las suaves meditaciones de la tímida amante que apénas se atreve a alzar los ojos temerosa de leer en el mudable brillo de las estrellas los arcanos de su futura felicidad. . . . ¿Mas, a qué fatigarme en inútiles discursos tan ajenos del lugar que entónces recorria?

Entremos a la gran estancia en que los demonios maquinan i se reparten su labor de perdicion. Cubre sus paredes un lienzo jigantesco sobre el cual se ven representadas las mayores hazañas del tentador, para que el recuerdo de los pasados hechos los anime i aguijonee a nuevas conquistas. Allí pasé en revista la larga serie de crímenes que forman la historia de la humanidad. Aparté los ojos lleno de horror i al dirigirlos al techo se me ofreció tan horrenda vista que estuve a punto de caer despavorido. ¡Ah, no comprendo cómo no quedé muerto en aquel instante! La lengua humana es impótente para expresar lo que ví, i dado que hubiese palabras con que traducirlo, yo no podria pronunciarlas; pues, el solo intento de hacerlo arrancaria el ánima de mi cuerpo desfallecido. Pido humildemente perdon a los lectores cuya curiosidad me es forzoso dejar en suspenso i sigo.

No tanto me suspendió, aunque no dejó de ponerme espanto, el nunca visto modo de alumbrarse que usan por aquellos lugares. Los cuerpos de millares de condenados colgaban del techo i paredes a guisa de lámparas arrojando de sí tan viva luz que mis ojos apénas podian soportarla; otros hacian oficio de hachas encendidas con acompañamiento de humo i pestilencia tales que a no apretarme tanto la curiosidad habria huido de la sala aunque supiera perder mi viaje por entero. De todo ello podrá inferir el discreto lector cuan grande verdad deben de ser las consejas de las viejas en que cuentan de como a tantos impenitentes pecadores se los llevó el diablo en cuerpo i alma.

Mucho tardó en llenarse la sala, i era causa de esta tardanza el andar los principales demonios en la tierra ocupados en sus menesteres, que no son pocos. Ultimo de todos entró el monarca de los infiernos, rodeado de sus consejeros íntimos. No llevaba cetro ni corona porque su frente bastaba para revelar el príncipe

del abismo. Su rostro conservaba algo de la primitiva belleza, belleza que nada puede borrar de la faz que ha contemplado a Dios sin velo. La cabeza abrumada bajo el peso de la maldición caía sobre el pecho; de vez en cuando la erguía con un movimiento convulsivo i parecía querer desafiar al cielo apesar de su impotencia; mas, luego tornaba al primer abatimiento de que la arrancaba un nuevo esfuerzo para volver en seguida a inclinarse hácia el suelo. Su porte altanero tenia la majestad de la soberbia vencida, jamas humillada. ¡Digno monarca de tales reinos!

Profundo silencio reinó en la sala cuando alzándose el príncipe de las tinieblas dijo de esta manera:

Hermanos i compañeros:

Muchos ¡ai! mui largos siglos han trascurrido desde que emprendimos la tarea de vengarnos del Creador, arrebatándole sus creaturas. Henos aquí reunidos en cumplimiento de los antiguos estatutos i costumbres infernales. No necesito deciros el objeto de nuestras reuniones. Bien sabeis, i no lo ignora el hombre, que un pensamiento único absorbe la actividad de nuestra mente, i cuya realizacion constituye el objeto único de nuestras aspiraciones; cual es el de hacer partícipe de nuestros tormentos al hombre, creado para la eterna felicidad. I no porque en ello encuentren algun alivio los padecimientos que consumen sin destruirla nuestra substancia, sino por la rabiosa venganza que nos fuerza a arrebatár sus creaturas al Creador de la luz. Para llevara buen fin esa empresa sabemos poner en juego la ambicion, el interes, la supersticion, i mil otras pasiones que el hombre heredó de sus primeros padres. ¡Funesto legado para él! ¡Fruto de la mas gloriosa entre las innumerables empresas de que se enorgullece el infierno!

En verdad que no han sido infructuosas nuestras tareas; atestiguanlo con hermosa elocuencia, esos millares de almas que diariamente sirven de pasto a vuestras ingeniosas torturas. Pero, todavía no hemos conseguido el triunfo total; la corona de nuestros laureles está inconclusa. Puesto que nos es imposible arrastrar al mundo entero, procuremos, siquiera, envolver en las negras redes al mayor número de sus habitantes. Seguro estoi de que alguno de vosotros ya tendrá discurrido el medio mas eficaz de realizar los propósitos que acabo de manifestar. Quien crea tenerlo, levántese i hable que yo le prometo en recompensa la dignidad de primer ministro del reino de los dolores.

Alzóse al punto uno i dijo:

Oh príncipe, en tu labio respira la sabiduría de la serpiente; con mi discurso espero probarte que tus palabras no han caido sobre terreno estéril, ántes al contrario ellas jermínarán en nuestros corazones como la planta traidora crece en las faldas del Vesubio. Deleitosa es la recompensa ofrecida. Un demonio no concibe mayor placer que el despedazar i en mil modos atormentar

tar a las mismas almas engañadas en la tierra con la vana promesa de placeres falsos i pecaminosos. De éstos ninguno mueve i arrastra con mayor imperio al hombre que el incentivo del lucro; su torpe avaricia convierte en instrumento de perdicion las riquezas que ha recibido como medio de asegurar su salvacion, usándolas segun las miras del que nos maldijo. Cada moneda que el avaro agrega a su tesoro hace estremecerse de júbilo al infierno. Yo señalaré a la humana codicia depósitos ignorados i aun haré que nuevos i ricos veneros asomen a la misma superficie de la tierra. I esos depósitos i esos veneros serán inagotable manantial de crímenes que dejarán plenamente logrados tus deseos i los míos.

Calló el feo demonio i a su discurso siguió el horrendo estallido de los aplausos. Ya parecia a todos que su arbitrio era el mejor i pedian a gritos que se pusiese por obra, sin dilatar un punto, cuando se levantó otro que con los ojos ensangrentados i voz vibrante por la cólera prorrumpió en las siguientes palabras:

Miseros demonios, siempre el que habla primero es el mejor a vuestro parecer. Habeis escuchado al padre de la avaricia. ¿Pero, es tanta vuestra ceguedad que os impide ver que el arbitrio propuesto solo servirá de engañar a los mas viles i cobardes entre los mortales? No pretendo que enteramente lo desecheis; mas, no a todos los hombres ciega el amor del oro i siendo así yo voi a proponeros una medida que en breve tiempo llenará las negras fauces. Enviemos el funesto don de la discordia a los príncipes i a los pueblos para que despierte la ambicion de aquéllos i la envidia de éstos. Que los demonios mas experimentados se adueñen del espíritu de los diplomáticos, miéntras otros exciten el deseo insano de conquistas i despojos. Yo recorreré el mundo inspirando a todos los corazones el furor bélico i la embriaguez de los combates, i los hombres ahogarán en sangre el recuerdo de su Dios. Siempre los campos de batalla han sido los mejores proveedores del infierno.

Varios otros fueron sucediéndose en el uso de la palabra sin que ninguno dijera cosa que merezca particular mencion, hasta que dejó su asiento un demonio que hasta entónces habia guardado completo silencio. Su rostro inmóvil no expresaba pasion alguna, i en sus ojos tampoco se advertia el siniestro fulgor que espantaba en la mirada de los demas. Los hombres que no saben penetrar el disfraz de un semblante lo habrian visto acercarse sin mucha desconfianza; pero, en el infierno conocian demasiado sus grandes hechos i así todos se preparaban a escuchar en silencio las palabras de aquella figura de apariencias tan poco significativas, la cual con voz reposada i con acento meloso comenzó de esta manera:

Poderoso cebo es el interes para la condenacion del hombre; talvez son mas abundantes los frutos de la guerra; pero, ámbos, como los demas que se acaban de proponer son recursos un tan-

to gastados. No todos se afanan por el oro para hacerlo servir a nuestros planes; ántes, a muchos sirve para su propia salvacion i la de otros. No siempre la guerra sorprende la conciencia del soldado en el estado mas favorable a nuestros intereses, i ella presta a muchas ocasion para ejercitar nobles virtudes. Utilizéense sin embargo con cautela, que ningun medio debemos despreciar para realizar nuestra obra; pero, hoi no debemos fijar la atencion en recursos ya conocidos, se trata de buscar un arbitrio extraordinario. Yo voi a proponeros uno que será digno del demonio a cuya *astucia* sois deudores del dominio que habeis adquirido sobre los hombres. Decidme ántes ¿sin mis auxilio veriais como veis hoi al hombre condenado a participar nuestros eternos dolores? Del mismo modo que yo engañé a los padres cubierto con la piel de una serpiente, así hoi podré seducir a los hijos bajo otra forma no ménos engañosa. Menester es, magnánimos compañeros, que el infierno esté siempre sobre el nivel de la civilizacion humana; a medida que van cambiando los tiempos, iremos nosotros cambiando nuestras redes. La antigua serpiente se transformará en mesa parlante, órgano de los habitantes de Ultra-tumba. El hombre, siempre anhelando conocer los misterios que cubre el velo de sus sentidos, creará satisfacer su insaciable curiosidad invocando los manes de los hombres ilustres i solo logrará, gracias a mí, ofuscar su espíritu i pervertir su voluntad. Sí, nosotros responderemos a sus evocaciones usurpando nombres de sabios i de santos; infundiremos en las ciegas multitudes las malignas doctrinas que al fin las han de arrastrar a las prácticas que se expían en nuestros horrendos dominios.

Así habló el espíritu de la hipocresía i la astucia. Hasta qué punto se hayan realizado sus planes lo dicen los presentes siglos i con mayor elocuencia lo atestiguarán los venideros. Ese dia, entre el infernal júbilo de los espíritus malignos nació el ESPIRITISMO.

RAIMUNDO SALAS E.



SOLILOQUIOS.

(A MI AMIGO CAMILO MUNTA GORMAZ.)

VOZ DEL ALMA.

Dejadme recordar; i en ese limbo
Donde ajitan sus alas los amores
I suspiran insólitos rumores
Que el alma sabe traducir no mas;
Las palmas donde duermen los recuerdos
Abaniquen mi frente soporosa,
Que al beso de su brisa mentirosa
En un seno de amor se dormirá.

¡Qué dulce realidad la del recuerdo,
Dulce ilusion que a otra ilusion imita!
No entiendo al corazon cuando palpita
Mecido por su aliento celestial.
¡I me habla tanto en su lenguaje mudo!
¿Cuándo lo entenderé? Cuando la vida,
En mundo de recuerdos convertida,
De mentiras enjendre una verdad.

*
* *

SU RETRATO.

¡Qué bella estás así! siempre la misma,
Siempre en tu labio juguetona i leve
Esa sonrisa que a besar se atreve
Tu boca anjelical.

Quisiera que a tu imájen adorada
Prestaras tu animada gallardía:
Mas que ella te prestara, vida mia,
Eso que la hace no cambiar jamas.

*
* *

LAS VESTALES.

Tomo tus flores secas; pienso i lloro,
I al reclinar en ellas mi cabeza
¿Por qué siento una almohada de pureza,
De frescura, de aromas, de ilusion?

Es que el recuerdo i el tranquilo lloro,
Vestales que custodian los amores,
Dan vida i dan aromas a las flores
Que la nieve del tiempo marchitó.

Santiago, 3 de octubre de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

POR NO DEJAR DE ESCRIBIR.

—Hé aquí la leña; pero falta la víctima para el sacrificio.

—¡Dios proveerá, hijo mio!

—Hé aquí prontos el papel i la pluma; pero falta el asunto para escribir.

—¡Dios proveerá!

El papel es el pedernal, la pluma el eslabon de acero: todo está en que el acero toque al pedernal, i la chispa salta.

No seria malo que eso fuera verdad. Pero aun, siéndolo, hai el inconveniente de que los pedernales se aceran cuando el eslabon les saca muchas chispas.

*
* *
*

Mas, hé aquí ya el cabrito enredado por las hastas en el zarzal.

Son las 12 de la noche: todavía resuenan en mis oidos las últimas notas del *Fausto*.

Yacen sobre la mesa los guantes i los gemelos; despojos i símbolos de las horas que acaban de trascurrir.

La etiqueta exige que para ciertos actos se vista lo que siempre se lleva desnudo i se descubra lo que siempre se lleva cubierto. No me dejarán mentir los guantes i el escote. ¡Poner fundas a las manos i descubrir el cuello i sus contornos; tapar las manos i desnudar los brazos; velar la mayor i mejor parte de la noche i dormir la mejor parte del dia! Eso no nos da risa porque lo vemos o lo hacemos cuotidianamente i nos hemos acostumbrado desde niños a verlo o hacerlo con la mas imperturbable seriedad.

Clavad con cierta fijeza e insistencia los ojos sobre una jóven en un salon; la jóven se ruboriza, i el padre, que está a su lado, hace de ello un *casus belli*. Id al teatro armados de esa yunta de cañones ópticos que se llaman gemelos, dirijid esa batería sobre quien querais, por el tiempo que querais, cuantas veces lo querais. No pasais de ser un astrónomo que estudia con telescopio una estrella de esos cielos que se llaman palcos.

I a propósito de *palco*: esa palabra significa en italiano *cadavero*. Sobre los cadaveros están siempre las víctimas i no hai víctima sin verdugos.

* * *

Las lunetas de un teatro son el asiento de la mas perfecta igualdad ante la lei, con todas sus desventajas.

A vuestro lado hai una gordísima humanidad que reboza en su sillón i de él rebalza sobre el vuestro.

Al otro lado teneis a un *dilettanti* de mal tono (en el doble sentido de esta última palabra) que tararea lo que se está cantando o tocando.

El vecino de atras conversa *sotto voce* con el de su izquierda i mas ois las imbecilidades de esa charla que el canto del proscenio.

No falta quien lleve el compas con el pié sobre vuestros talones.

Talvez a un conocido que hace tiempo no veiais se le ha antojado informarse menudamente de vuestra vida, milagros i familia durante la escena. I teneis que corresponder a sus melosas e importunas atenciones i finezas.

Cayó el telón: ¡conversion a retaguardia! Preparen armas! Ya teneis a la falanje de los asistentes de platea escudriñando palcos i comentando lo que ven. De un espectáculo se pasa a otro. El primero suele ser trágico; el segundo es siempre cómico. En el primero los actores están en el proscenio; en el segundo están en la platea.

* * *

Vamos al *smoking room* o *foyer* o *sala de fumar* o como queráis llamarlo. Allí está la torre de Babel corregida i aumentada. Negocios, política, murmuraciones, fruslerías, de todo lo hablable se habla allí.

Unos ingleses hablan de *dollars*; unos vejetes de política; unos mozos del escote, de Juana o de la máscara de albayalde i carmin que trae Adela; los demas hablan de las carreras, del gran baile de la Sociedad Filodanzónica, etc., etc.

* * *

Por fin, la escena toca a su término. El telon baja ya lentamente a cubrir hasta otra noche ese mundo de tela pintada, mundo singular en que se canta de odio, de angustia i de desesperacion, bien así como en este nuestro mundo de aquende el telon se canta de amor o de alegría.

Acabó la funcion. A juzgar por la prisa que muchos se dan en salir, no parece sino que no hubieran pagado por entrar. El secreto está en que no quieren perder ni una escena de otro espectáculo que les aguarda grátis a la salida del teatro.

Es una carrera de baqueta o revista militar por que pasa o se complace en pasar el bello sexo, entre dos filas de sexo feo.

Las unas creen que lo que se pasa en revista es aquello que ellas trajeron al efecto: la camelia, el raso, el brillante o a lo mas el rostro. Pero se equivocan a menudo. Si pudieran oir los comentarios que dejan en pos de sí, envueltos en la estela de perfumes que las sigue, pedirian puerta excusada para salir del teatro.

Ya todos se retiran.

—¿Viste a fulano? dice una jóven a su compañera desde dentro de la blanca capa en que sale medio embozada. ¡Qué hermoso tocado el de mengana!

Esta no vió en el teatro mas que mozos, encajes i peinados.

—¡Qué ópera tan larga! exclama el papá entre dos descomunales bostezos.

Para éste, el palco es una segunda edicion del bufete o del escritorio, una incómoda antesala de la cama.

—El drama de Goethe está mutilado en la ópera, observa un literato.

Este dejó sus oidos de señal entre las hojas de un libro.

—No he entendido jota del argumento, replica otro, que es un hacendado.

Para éste, venir al teatro es un acontecimiento.

—¿Qué ópera dan mañana? pregunta uno que va embalado dentro de un paletot de pieles, formando un paquete en que el forro vale mas que el contenido.

Este viene al teatro por oficio, por ocupacion cuotidiana.

—Wagner es Mefistófeles en persona, dice uno.

Este ve al personaje en la escena.

—La Repetto buena moza como nunca, agrega un elegante. Este otro no ve mas que a los actores en el proscenio.

—El fagot desafinó en tal duo, dice uno.

I no sabe si desafinó.

—¡Hola, amigazo! ¡parece que le ha ido a Ud. mui bien esta noche! ¡ha tenido Ud. doble funcion! dice álguien que no acierta a hablar sino embromando con amores.

Jeneralmente hablando, dentro de la cabeza de éste hai tanto ingenio como dentro de la copa del reluciente sombrero alto que la corona.

—Guadagnini salió a recibir aplausos despues de haberse muerto, dice otro que presume de chistoso.

El chiste es como para que los muertos se levanten a apludirlo.

—Cada cual produce lo que alcanza, i habla de la feria segun le va en ella, dice, por último, un sentencioso observador.

*
* *
*

El momento que sigue a la cesacion de un dolor es un placer intenso, el dejo de un placer es siempre amargo o a lo ménos insípido.

¿Quién hai que no sepa distinguir a tiro de fusil una cara que va a la fiesta de otra que viene de ella?

Al ir, todos los semblantes sonrien, todos los ojos chispean, todos los corazones palpitan.

Al venir, el cansancio de los corazones se trasluce en los semblantes i en los ojos.

Unos silban algun trozo que les ha quedado resonando en el oido.

Otros vienen aturridos i meditabundos.

Otros charlan con animacion.

Este sueña con una Margarita para sí, prometiéndose encontrarla; aquél piensa con zozobra i amargura en el dia de mañana, cuya idea perseguidora habia logrado apartar del alma durante cuatro horas; ¡qué contraste entre esta noche i mañana!

Este lleva la cabeza llena de dulces recuerdos i el corazon lleno de ilusiones, que va acariciando en el fondo del alma.

Aquel otro lleva la cabeza pesada de sueño. Dice: ¡buena noche! i la pasa inmejorable.

Despues de todo, es el que sale mejor parado de la fiesta.

Setiembre de 1875.

RAFAEL B. GUMUCIO

LEYENDAS DE CALDERON.

DON LOPE DE ALMEIDA.

(Conclusion.)

XI.

Don Lope habia dispuesto que su esposa residiera durante su ausencia en una preciosa quinta de recreo que poseia en las riberas del Tajo, separada de la ciudad por las aguas de este caudaloso rio i rodeada por todas partes de amenos jardines, que el galante esposo habia poblado de estátuas i de las flores mas estimadas por su rareza i hermosura.

A aquel sitio se habia trasladado desde una semana ántes la bella Leonor, quedando en el palacio de la ciudad su esposo i don Juan con la servidumbre que debia acompañar al primero a la guerra de Africa.

Almeida iba a ver a su esposa dos veces al dia, colmándola de afectuosas atenciones en cada una de sus visitas. La jóven castellana, que se veia tan halagada, llegó a creerse libre de todo peligro, respirando al fin de las pasadas zozobras como el náufrago que acaba de escapar al furor de las olas que amenazaban hundirlo en el abismo.

Una sola cosa la turbaba i era que don Luis no se cansaba aun de perseguirla, i rondaba los alrededores con mas seguridad que ántes su palacio de Lisboa. I si esto llegaba a noticia de su esposo ella estaba perdida sin remedio, porque no seria fácil que don Lope se engañara segunda vez.

Leonor llegó a ansiar la partida de su marido i si en esto tuvo alguna parte el amor no apagado i el deseo de ver al jóven castellano, a quien tanto habia querido, son misterios que no queremos sondear. Dicen que mal pueden olvidarse pasiones como la de Leonor i Luis de Benavides, sobre todo cuando la fatalidad i el infortunio se empeñan en combatirlas. Donde fuego hubo cenizas quedan, canta el adajio vulgar i se sabe que los adajios encierran en pocas palabras verdades del tamaño de un templo.

Leonor, sola en aquella quinta, rodeada de los encantos de una naturaleza que convidaba a amar, pasaba largas horas contem-

plando desde las galerías que daban al río el curso de las aguas, las numerosas barquillas que iban i venian, los bosques i jardines de su morada i mil otros objetos que la sumerjian en un éxtasis peligroso para su alma.

Entre los cantos de los pescadores que pasaban cerca, su corazón solia distinguir una voz mui conocida; fijaba sus ojos en la barquilla que se detenia delante i su mirada se hallaba con las de algun hermoso marinero que no apartaba de ella la vista. Miradas eran ésas que llegaban a su alma. En vano se apartaba de allí, ya habia bebido el veneno que infiltraban en su pecho los suspiros que a lo léjos le enviaba su amante disfrazado con el tosco vestido de las jentes de mar.

¡Infeliz! si el amor tenia ojos para ver, no los tenian ménos lince los celos. Dulces eran sus sueños i la embriaguez de su pasión pero ¡ai! el despertar seria terrible. Leonor vió a su amante pasar muchas veces bajo sus ventanas, pero no alcanzó a distinguir el rostro de su marido en alguno de los pescadores que guiaban la barca.

Almeida velaba preparando su venganza, i su venganza no tardaria en venir tan terrible como secreta, para herir a Luis i Leonor sin que el mundo pudiera ni remotamente sospechar bajo que mano habian sucumbido.

XII.

Era el último dia que el buen rei don Sebastian debia permanecer en su querida ciudad de Lisboa. A la mañana siguiente, la flota se haria a la vela con los mas nobles guerreros de que se enorgullecia el reino lusitano.

El monarca destinaba al placer las últimas horas que le quedaban i por su órden se habia dispuesto en palacio un ostentoso sarao al que debian asistir todos los que iban a la guerra i los que les daban su adios.

Eran las ocho de la noche i en el muelle de Lisboa se encontraba un jóven de bizarra presencia, que por el traje que llevaba i la nobleza de sus ademanes indicaba sobrado la elevada clase social a que pertenecia.

Miéntras todos los caballeros de la ciudad se encaminaban al palacio, él se hallaba en aquel sitio esperando a alguién que tardaba aun en llegar.

A las cuatro de la tarde se habia presentado en su casa un marinero viejo, dándole una carta que él leyó con viva emocion.

—¿Conoces a la persona que me escribe? le habia preguntado el jóven.

—Sí, respondió el marinero.

—¿I tú debes llevarme allá?

—Sí.

—Toma, dijo el caballero, alargando al viejo una moneda de oro.

—Dios os lo pague, respondió éste bajando la cabeza para ocultar su rostro contraído por una repentina alteracion.—Sed exacto, añadió, aguardad en el muelle a la hora que os señalan, que yo estaré a buscaros. La persona que os llama os aguarda impaciente.—

El marinero salió i una vez llegado al rio arrojó con desprecio a las aguas la moneda que acababan de darle; tomó despues una callejuela tortuosa i penetró en una casucha, cuya llave llevaba consigo, saliendo de allí al breve rato, tan variado en su porte i maneras que ninguno lo habria reconocido.

El viejo pescador se habia trocado en el opulento i poderoso hidalgo don Lope de Almeida.

XIII.

Don Lope habia callado para aparecer de repente terrible e implacable como la venganza. Aquel hombre tan enamorado de su esposa dias ántes llevaba ahora un infierno en su corazon. Ilusiones de dicha, pasion, ternura, cariño, todo lo habia olvidado. En su alma solo quedaba el sombrío rencor, dominándola toda, haciéndola saborear con horrorosa fruicion la hiel de la venganza que envenenaba todo su sér.

Con espantosa frialdad habia combinado un plan terrible, haciéndosele siglos cada instante que demoraba en ponerlo en ejecucion. No habia derramado una lágrima por la muerte de su ventura, de su pecho no se habia escapado un solo suspiro, nadie habria podido leer en su rostro la tortura interna que lo destrozaba.

Venganza pedia su corazon; pero venganza secreta como su ofensa, venganza que quedara oculta entre su conciencia i Dios...

Harto habia esperado i llegaba el momento de confundir a los que lo ofendian. De cuanto paso diera don Luis para acercarse a su esposa él habia sido mudo e impassible testigo. Disfrazado de barquero lo paseaba por el rio frente a los miradores de su quinta. Oyendo las amorosas canciones que el español entonaba en su dulce lengua nativa, supo desde luego que clase de relaciones lo ligaban con Leonor i cuan antiguos eran esos amores. Sorprendió en los ojos de ésta las miradas ardientes i melancólicas que dirijia a su trovador, i aunque los amantes no llegaron a hablarse una sola palabra, el portugues comprendió que una vez realizado su viaje pereceria su honra....

Entónces se acordó de lo que le habia dicho don Juan cuando se encaminaba a la raya de Castilla a recibir a su jóven desposada.

¡Oh! ¡cuantas ilusiones entónces! ¿Era posible que todas se hubiesen disipado?

Si Leonor no era aun una esposa infiel, segun el mundo, su corazon le decia que su amor no le pertenecia ya i que la bella castellana solo le habia dado su mano obligada por los mandatos de su padre i creyendo perdido para siempre al que habia sido su amor primero. Su vida estaba condenada a una soledad sin consuelo, i para salvar su honra no le quedaba otro remedio que apartar de la tierra a los que podian mancharla.

Resuelto a partir con el rei no debia dilatar la ejecucion de sus planes i como las circunstancias se le presentaban propicias todo se llevaria a cabo esa misma noche.

El amante, llamado a una falsa cita, acudiria lleno de ilusiones, para encontrar en vez de las caricias que soñaba el brazo aterrador de la muerte; Leonor, que no lo aguardaba ese dia oiria sus ayes agonizantes, veria su cadáver... i despues... pero ¿a qué anticipar los sucesos? Si la desdichada esposa de Almeida duerme en el descuido, dejémosla soñar, pues su dicha está tasada por instantes i sus esperanzas de paz, o talvez de una dicha culpable, se desvanecerán presto como las nubes doradas del ocaso, como el almendro de los huertos en una noche de helada.....

XIV.

Hermosa estaba aquella noche la ribera del Tajo, pero mas hermosa aun Leonor de Alvarez, que muellemente apoyada en el balaustre de una azotea miraba con melancólico placer la luna que bañaba con sus tímidos reflejos las ondas del rio, los bosques de la ribera i las elevadas torres de la vecina ciudad.

Oreaba su rostro la brisa fresca i húmeda, bañada en las aguas e impregnada en el aroma de las flores. Los ruiseñores cantaban en el jardin sus dulces querellas i el viento que soplaba entre las hojas murmuraba suspiros que se confundian con el rumor de las olillas que el rio formaba en las arenas de la ribera.

Tenia aquella noche el encanto que buscan las almas soñadoras, sobre todo cuando la tristeza, compañera inseparable de la vida, ha enlutado el cielo de las ilusiones i el alma atormentada no viendo la dicha en el presente, se lanza a buscarla en el mundo arcano del porvenir.

Leonor acariciaba memorias de pasados gustos, temblando ante la idea de que pudiesen renovarse; al echar una mirada hacia atras veia su infancia i su primera juventud, sus primeros amores, sus sueños de vírjen, sus ilusiones de amante. Tambien recordaba misteriosas citas en la alta noche, dulces trovas que entonaba bajo su ventana el hombre cuya memoria quisiera borrar de su pecho... Amor, familia, patria, venian a agolparse a

su mente, haciéndola volver los ojos a lo que quedaba atrás. Recuerdos del pasado, ¡qué dulce es evocarlos aunque arranqueis lágrimas a los ojos i suspiros al alma!

Leonor no era aun culpable, pero se hallaba al borde del precipicio, resistiendo con trabajo a las poderosas sugestiones del cariño que venian a golpear en su corazon. Sola i sin consejo podia sucumbir mañana i esta idea la estremecia. En su alma se sucedian unos a otros los pensamientos contrarios, trabando entre sí una enconada lucha, en que alternativamente triunfaban la passion i el deber, sin que ninguno cantara victoria. Ratos habia en que se deslizaba a sus ojos la tentadora imájen de la culpa, pero un instante despues la infeliz jóven acariciaba como una ventura la idea de la muerte, la paz del sepulcro que no alteran las pasiones ni los desengaños de la vida.

De pronto se sintió oprimida por un vago presentimiento. No sé por qué se presentó a sus ojos la imájen de don Lope terrible i amenazador. Venia hácia ella, fijaba en ella la vista i su mirada daba la muerte.

Leonor tuvo miedo e iba a llamar a Sirena cuando llegó a sus oídos un ¡ai! de suprema angustia que se perdia en los espacios. Siguiendo la direccion de aquel jemido tendió la vista hácia el rio; pero las aguas seguian mansamente su curso murmurando al paso flébiles querellas; siempre la misma calma en el cielo i en el campo; no habia nada que revelara en torno algo triste i doloroso.

Leonor respiró i ya comenzaba a olvidar su preocupacion cuando un ruido que sintió en las aguas le hizo fijarse en un hombre que hacía desesperados esfuerzos por ganar la ribera. Sin duda, alguna barca habia zozobrado no léjos i el que se acercaba era uno de los náufragos.

La jóven bajó de la azotea para llamar jente, dió voces, pero nadie acudia i sin saber que hacerse, salió sola al frente de la quinta a tiempo que el náufrago besaba con efusion la orilla salvadora.

—¡Salud dulce tierra, patria del hombre! exclamó el que acababa de escapar de las aguas, cayendo de rodillas en la ribera.

—¡Qué voz! murmuró Leonor; i reconociéndola al punto estendió los brazos al náufrago.

—¿Qué es esto, esposo mio? ¡Vos así! dijo Leonor.

—¡Ai, mi Leonor! una desgracia impensada, un mal que por cierto no temia ha pocas horas. Volvia de palacio, porque queria consagrarte la última noche que he de pasar en Lisboa. No habia barcos en el muelle i no sin trabajo logré que un pescador se prestara a conducirme en su miserable canoa. Iba a partir cuando un hidalgo me ruega lo admita conmigo pues quiere pasar a la otra ribera. Recíbolo cortés, entra en la embarcacion; pero ésta, que no podia resistir tanto peso, tardó poco en zozobrar.

—¡Dios mio!

—Mi compañero ha perecido, segun entiendo, pues no sabia nadar. I a fé que lo siento ¡era un jóven mui bizarro!

—¡Infeliz!

—Era un jóven castellano llegado no ha mucho a Lisboa.

—¡Castellano!

—Sí i segun me dijo llamábase don Luis de Benavides; talvez le conocereis Leonor...!

Pero Leonor no podia contestar, la infeliz habia caido desmayada.

—¡Era culpable! rujió don Lope i cojiendo en sus brazos a su esposa entró con ella en la casa.

XV.

Una hora despues una gruesa columna de humo se levantaba del centro de la quinta de don Lope, precisamente en el mismo sitio en que estaba situada la alcoba nupcial del opolunto portugues.

Los criados, que el dueño de casa habia alejado con diversos pretextos en las primeras horas de la noche, despertaban sobresaltados, corriendo de acá allá, sin poder adivinar cómo habia pasado aquel espantoso accidente. Todos gritaban dando órdenes contradictorias que nadie obedecia en el estupor del primer momento.

La leal Sirena, deshecha en lágrimas, rogaba a voces salvarsen a su señora, pero nadie se atrevia a penetrar en el edificio, cuyos maderones se quebraban con estruendo, amenazando sepultar al osado que intentara prestar auxilio a la infeliz víctima del fuego. La noche, poco ántes clara, se habia cubierto de un velo que impedía a la luna brillar en todo su esplendor; en medio del humo negro volaban las ascuas como siniestras centellas i las llamas se propagaban aquí i allá sin que nadie pudiese detener su curso.

Leonor i don Lope estaban dentro, habian perecido quizás en la espantosa catástrofe i los servidores de la casa contemplaban aterrados el funesto fin de sus amos. Todo era gritos i jemidos, todo confusion, que se aumentaba por instantes con las jentes que acudia de las heredades vecinas ansiosas de servir en algo, pero sin tener quien las dirijiese, dándoles una órden medianamente acertada.

De repente varios barcos atracaron en la ribera. El rei e infinitos señores de la corte venian a prestar su auxilio al valiente caballero por cuya vida temian, pues se sabia en palacio que el noble Almeida se habia negado a asistir al real sarao por dedicar a su esposa aquellas horas.

El primero que desembarcó fué don Juan. El leal amigo, sin temor a las llamas, iba a penetrar al interior, cuando apareció de

repente don Lope medio desnudo i llevando en brazos el inanimado cadáver de su esposa.

Un grito de horror, lanzado por los circunstantes, respondió a aquel triste espectáculo. El hidalgo traia el semblante de un muerto, su faz revelaba un hondo dolor, una terrible lucha sostenida consigo mismo o con la desgracia implacable que le habia arrebatado a su hermosa compañera.

Don Lope colocó el cadáver sobre la tierra i quedó largo rato contemplándolo. Nadie queria turbar su dolor, hasta que el rei se adelantó a apartarlo de allí.

—¡Vos, señor! exclamó el hidalgo al ver a su soberano.

—¡Infeliz don Lope! tu rei i tu amigo viene a acompañarte en tu desolacion, respondió el monarca visiblemente conmovido.

—Apartaos de aquí, señor; dejadme mirar por última vez mi dicha muerta en los rasgos borrados de la hermosura que fué mi encanto. ¡Ai! esta es mi Leonor, mi Leonor, la hermosa, la honrada, la que yo amaba con delirio i a quien he visto perecer sin poderla salvar.

—Apártate don Lope, exclamó el rei i ven conmigo, porque el espectáculo de tu desgracia es tan terrible que no podrias resistirlo mucho tiempo.

—Sí, vamos, señor, accedió el hidalgo, besando la mano de su soberano. Vamos de aquí; os seguiré donde fuéreis, ya que a nadie puedo hacer falta en el mundo!

XVI.

Don Lope habia realizado su sombría venganza. Leonor no volvió de su desmayo sino en las convulsiones de la agonía, ahogada por su esposo que estrechaba con terrible fuerza su nevado cuello. Ni una palabra, ni una explicacion medió entre ámbos, la infeliz castellana pasó a la otra vida sin haber oido un solo reproche de su terrible marido.

Las aguas del Tajo arrastraban entre tanto el cadáver de don Luis de Benavides, a quien apuñaleó en la barca el celoso Almeida; el rio llevó al mar esos restos que quedaron perdidos entre tantos otros secretos que guarda el abismo. La venganza del portugues quedó así oculta, siendo sus únicos cómplices el agua i el fuego. Por lo que hace a don Juan, bien que comprendiera lo que habia pasado no hizo una sola pregunta a su amigo, respetando religiosamente su dolor i su infortunio. Sirena que nada sospechaba, siguió lamentando hasta la muerte a su jóven ama, víctima de un incendio casual.

Con el alba siguiente partieron las galeras del rei don Sebastian, haciéndose a la vela para las costas de Africa en medio de las aclamaciones de los que quedaban i los alegres cantos de los que partian.

Don Lope i don Juan miraban tristemente desde popa de su nave las ruinas de la hermosa quinta, convertida ya en un monton de negros escombros.

—¡Allí murió mi ventura! dijo el primero estendiendo la mano hácia el sitio donde ámbos tenian fija la vista.

—¡Dios lo ha querido! respondió don Juan con acento triste.

—¡Yo moriré tambien mui presto! añadió don Lope con un suspiro en que se exhalaba toda la amargura de su alma.

Estas fueron las últimas palabras en que el portugues se lamentó de su desgracia.

Ambos caballeros lidiaron noblemente, muriendo al fin el uno al lado del otro en la funesta jornada en que pereció la flor de la nobleza lusitana i perdió cetro i vida el romántico i aventurero don Sebastian.

ENRIQUE DEL SOLAR.

—◆—

¿DONDE IRA?

Hoja marchita que al árbol
Arrebata el huracan
I lleva en sus remolinos,
¿A dónde irás a parar?

Barca que de la ribera
Arranca la tempestad,
Arrastrada por sus ondas,
¿A dónde irás a parar?

Gota que oculta en la rosa
Deja el llanto matinal,
Por el sol evaporada,
¿A dónde irás a parar?

Corazon, el dulce lazo
De tu amor se cortó ya;
En tus jiros por el mundo,
¿A dónde irás a parar?

La hoja caerá en la selva,
Tragará la barca el mar,
Irá la gota a una nube,
Mi corazon ¿dónde irá?

Octubre 3 de 1875.

RAIMUNDO LARRAIN C.

A GARCIA MORENO.

El señor presbítero don Miguel Anjel Quagliottini ha tenido a bien favorecernos con la siguiente bella estrofa latina, en honor del ilustre García Moreno. Uno de nuestros colaboradores, Juan Zorrilla de San Martín, hizo de ella una versión al castellano, casi improvisada, en el momento mismo de llegar el original a nuestra mesa. Original i traducción se merecen, i nuestros abonados las leerán con gusto:

QUINTUPLEX IN TERRIS CINGIT TUA TEMPORA, PRÆSES
GARCIA O GABRIEL! NUNQUAM PERITURA CORONA;
QUITENÆ GENTIS DUCTOR, MILESQUE SEVERUS,
CHRISTIANUS VERAX, SAPIENS, MARTYRQUE FUISTI.

TRADUCCION.

Ciñó coronas de Cristiano austero,
De Sabio i Magistrado i de Guerrero;
Le faltaba una mas: i, en su delirio,
El crimen le ciñó la del Martirio.

AMOR I DESDEN.

I.

Entre jirones de nubes
Huyó fatigado el viento,
Un melancólico acento
Va rodando por el mar;
Envuelta en manto de estrellas
Asoma la blanca luna,
El labrador su fortuna
Recita al pié del hogar.

Todo se entrega al reposo;
Solo expide ante la reja
De su amada, tierna queja

Infeliz el trovador.
Ingrata, en el bosque umbrío
A la luz del sol poniente,
Ella su amor inocente
Para siempre le juró.

Mas, cual las hojas entónces
Llevaba a sus piés la brisa,
Así el tiempo su sonrisa,
I sus palabras llevó.
Con mano trocó sañuda
Amor en hondo despecho,
Hizo nacer en su pecho
La espina del desamor.

Siempre constante el poeta
La amaba con loco anhelo;
Lo que creyera él un cielo
Era infierno de dolor.
El verla en ajenos brazos
Era espantoso martirio,
¡Quizás horrendo delirio
De su mente lo creyó!

Mas pasaban presurosos,
Cargados de desengaños,
Los meses, sin que sus daños
Olvidara el infeliz,
I en una tranquila noche
Ante la reja querida
Con el arpa dolorida
Cantó el trovador así:

II.

“Mueren las flores sin el rocío,
Llora el enfermo la luz que huyó,
Ave cautiva su bosque umbrío;
La flor i el ave soi, dueño mio,
Enfermo i débil soi sin tu amor.

“No hallo consuelo para mi pena
Ni pecho amigo do reposar;
Mi alma de quejas el aire llena,
Siempre arrastrando negra cadena
Con que aniquilas mi libertad.

“Asoma pronto, vírjen hermosa,
Una palabra dime de amor,
Todo lo olvido; siempre dichosa
Junto a tu seno cándida rosa
Será la vida sueño veloz.

“Ingrata, no oyes mi acerbo llanto,
Burlas infame palabra i fé,
Quisiera odiarte. . . . mas te amo tanto
Que ora sumido en fiero quebranto,
Mi amor aumenta con tu desden.

“Siento en mis venas febril locura,
Solo tinieblas hallo ante mí;
Tú me asesinas ¡adios, perjura!
Tornas mis dichas en amargura,
Mas yo no puedo vivir sin tí.”

III.

Cesó la voz i el eco tembloroso
Pausado i lento repetia “adios”,
Cual lúgubre tañido que luctuoso
Del moribundo anuncia el estertor.

Cesó la voz i la onda adormecida
Azorada i temblando despertó,
De repente, al sentirse estremecida
Por un cuerpo que al fondo se lanzó.

Abrióse la ventana i los reflejos
De alba luna la hermosa vió en el mar,
Undívagos jugando, cual espejos,
En círculos brillantes de cristal.

I una lira en el medio; era el postrero,
Fatal recuerdo de infeliz cantor,
Lanzaba un eco vago i lastimero:
Solitaria lloraba al trovador.

GUILLERMO ERRAZURIZ URMENETA.

AMOR QUE MATA.

(A JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.)

¿Ves esa nube de pudor bañada
Que tiembla en el espacio trasparente,
Del beso de la tarde acariciada?
¿La ves cuán bella? La postrer mirada
Del sol en occidente
Ansiosa aspira, su reflejo umbrío
Otra vez mas a contemplar se vuelve,
Pero halla el horizonte oscuro i frio
I en enlutada bruma se resuelve.

El cefirillo aquel que entre las flores
Vagaba bullicioso, enamorado,
Con ellas compartiendo en sus rumores
La esencia de sus íntimos amores,
 ¿Por qué ahora en el prado
No, cual solia, sus afectos canta,
Sino que en ronco son fatiga el eco?
¡Ai! mustio yace el tallo de la planta
I el fragante verjel, desnudo i seco.

 ¿Por qué, por qué si el sol la linfa inquieta
Del arroyuelo mujidor absorbe,
Yerta inclina su frente la violeta?
¿Qué misteriosa vibracion secreta
 Connmueve a todo el orbe,
Cuando entre nieblas que el cenit empañan
Con indecisa luz boga la luna
I de tristeza i languidez se bañan
El monte, el valle, el prado i la laguna?

 ¿Quién extinguió la luz de la alegría,
Que en el pecho de Safo, la inspirada,
La antorcha del amor encendió un dia?
Amor su dulce canto embellecia,
 De amor arrebatada,
Las tumultuosas olas la escucharon,
I a par con ella el vergonzoso olvido
I el desden de su amante lamentaron
En su sordo clamor i en su jemido.

A despecho del tiempo, el orbe llena
El eco enamorado de Heloísa;
Do quier por la ancha bóveda serena
De Beatriz con el nombre el viento suena;
 I al Dante se divisa
Que al borde de la tumba solitaria,
Su mente en alas de infinito anhelo,
Envuelta en el calor de una plegaria,
Absorta i libre se remonta al cielo.

 ¡Oh amor, sublime amor! tú eres la vida,
Eres de Dios el inmortal suspiro;
El alma en que tu sacro fuego anida
Vence al dolor, en el dolor sumida.
 Si el mal con rauda jiro
Amenazante vaga en torno de ella,
Dios un lampo de amor os dé propicio,
Vereis que apaga con su lumbre bella
Todo el siniestro resplandor del vicio.

Mas ¡ah! que hai otro amor: brota en el pecho
Cual entre flores mil, flor venenosa,
Interno fluye cual volcan estrecho,
Su voz es voz del aquilon deshecho,
Su límite es la fosa;
Pero efímero, vago, indefinido,
No descansa de Dios en la alta idea,
Amor profano, de placer henchido,
Que el placer nada mas concibe i crea.

Nó esos afanes... el amor no es ese
Que en el seno de mi alma se dilata:
A la sombra del bien prospera i crece
Amor que el corazon rejuvenece,
Amor que a Dios acata.

Un amor hai de muerte que devora,
I hai otro amor de vida centelleante:
¡Ved!... miéntras Safo moribunda llora,
A la patria del bien camina el Dante!

Octubre de 1875.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

IMPROVISACION.

DIEZ DE OCTUBRE.

Hoi Cuba con valentía
Allá en los campos de Yara,
El guante arrojó a la cara
A toda una tiranía.

La española monarquía
Rujió ciega de furor
I al lanzar aquel clamor,
Feroz, salvaje, sangriento,
Vió esparcidos por el viento
Los pedazos de su honor.

¡Oh Cuba! ¡Cuántas demencias!
¡Cuánto horror! ¡Cuánto baldon!
Pesaban como un padron
Sobre tu infame existencia.

Allí el terror, la violencia,
El crimen entronizado,
El talento encarcelado
I eran de ludibrio ejemplo
El sacerdote en el templo,
Los jueces en el estrado.

La deshonra i el puñal
Eran la existencia interna
En aquella sombra eterna
De aquella noche social.

Jamas el jenio del mal
Fué en sus iras mas prolijo,
Pues allí se hallaba fijo
El escándalo sin nombre
Del hombre vendiendo al hombre,
Del padre inmolando al hijo.

Esa era Cuba, cubanos,
¡Esa la patria natal!
¡Vergonzoso carnaval!
De siervos i de tiranos!

Mas Céspedes con su mano
Hizo a los libres un trono
I ardiendo en sagrado encono
Justo, prepotente, bravo,
Transformó en hombre al esclavo,
En ciudadano al colono.

Desde entónces satisfecho
El pueblo del pueblo-rei,
Lleva por cetro la lei
I por corona el derecho.

¡Ya libre respira el pecho!
¡Ya libre suena el laud!
¡Ya se hundió la esclavitud!
¡Ya sucumbió la desgracia!
¡Ya no hai mas aristocracia
Que el talento i la virtud!

Hoi, diez de octubre, parece
Cuba, la guerrera Armida,
Una *chinampa* florida
Que sobre espumas se mece.

¡Cómo de luz resplandece!
¡Cómo derrama cantares
De sus próceres faros!
¡I cómo arroba las almas
Con su melena de palmas,
Con su cinturón de mares!

¡Hace un lustro! En esta hora
Trocó nuestra patria ufana,
Ceñidor de barragana
Por diadema de señora.

Hoi la espada redentora
Hirió de muerte al tirano,
I el resplandor soberano
De la estrella solitaria,

El envilecido pária
Se transformó en ciudadano.

Pronto podemos volver
A esta tierra encantadora,
En donde alumbró la aurora
Nuestro dulce amanecer.

Allá do danza el placer
En brazos de los amores,
I entre luces i colores,
Puras, rutilantes, bellas,
Brotan de la tierra estrellas,
Llueven de los cielos flores.

¡Cuba! Entre el cerúleo velo
Allá te vemos brillar,
Como una perla del mar
Entre los tintes del cielo.

¡Dios te dé paz i consuelo!
¡Dios te dé fuerzas i union!
I en el mundo de Colon
Llevarás eternamente,
El gorro frijio en la frente,
La estrella en el corazon.

JOSÉ JOAQUIN PALMA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

SETIEMBRE.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Curso de agricultura teórico-práctica, por René F. Feuvre, traducido del frances por C. Gonzalez Ugalde. El primer tomo.—1 vol. de 563 pájs. en 4. ° —Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Leyendas i tradiciones, por Enrique del Solar. Primera parte.—1 vol. de 470 pájs. en 8. ° —Imprenta de *El Independiente*.

Historia de Santa Mónica, por el abate Bougaud, traducida del frances por Ruperto Marchant Pereira. La entrega novena i última, en 4. °, hasta la páj. 382.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Proyecto de lei relativo a la formacion i discusion de presupuestos i cuentas de inversion.—1 vol. de 11 pájs. en folio.—Imprenta Nacional.

Estatutos de la Union Fraternal, (sociedad de socorros mútuos).—1 vol. de 16 páj.—Imprenta Nacional.

Proyecto de Código Rural para la República de Chile, acompañado con un apéndice con notas ilustrativas.—1 vol. de 165 pájs. en folio.—Imprenta de *La República*.

Elementos de historia contemporánea, arreglados en vista de los textos de J. Chantrel i M. Courval, para uso de los colejos católicos.—1 vol. de 412 pájs. en 8. ° —Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Historia de Chile durante los cuarenta años trascurridos desde 1831 hasta 1871, por Ramon Sotomayor Valdes. La entrega 4. ° desde la página 305 hasta la 400.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Escuela nocturna de artesanos. Conferencias públicas dadas por el cuerpo de profesores en 1874.—1 vol. de 22 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Los candidatos en candelero, por Justo Arteaga Alemparte. Primer candidato, don Benjamin Vicuña Mackenna.—1 vol. de 53 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Estudio sobre la Francmasonería, por monseñor Dupanloup, obispo de Orleans.—1 vol. de 68 pájs. en 4. ° —Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Estudio sobre la conservacion de las carnes alimenticias, por Anjel Vazquez. Segunda edicion.—1 vol. de 178 pájs. en 4. ° —Imprenta de *El Correo*.

Sociedad de Instruccion Primaria. Nómima de los alumnos premiados de 1874.—3 hojas grandes en folio.—Imprenta *Franklin*.

César el pirata o episodio del sitio de Chillan en 1813, novela histórica de Estéban Alejandro.—Entrega en 4. ° desde la página 145 hasta la 192.—Imprenta *Agrícola*.

Memoria pasada a la junta directiva de las minas Descubridoras de Caracoles.

Memoria del Club de Setiembre.—1 vol. en 4. ° de 24 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Discursos pronunciados en la apertura de la Exposicion Internacional de Chile.—1 vol. de 8 pájs. en 4. ° —Imprenta *Schrebler*.

VALPARAISO.

Reglamento de la décima compañía de bomberos, (guardia de propiedad).—1 vol. de 22 pájs. en 4. ° —Imprenta de *El Mercurio*.

Biblioteca selecta de novelas extranjeras. Los grandes dramas por Gaboriau. El crimen de la Touchores.—Entregas 1. °, 2. °, 3. ° hasta la páj. 430.—Imprenta de *El Mercurio*.

Don Isidoro Errázuriz. Comunicado publicado en *El Deber* de 6 de setiembre de 1875.—Una hoja en folio.—Imprenta *Colon*.

Exámen de guarda-marinas.—1 vol. de 91 pájs. en 4. ° —Imprenta *Colon*.

Don Isidoro Errázuriz i sus detractores.—Una hoja en folio.—Imprenta de *La Patria*.

Tablas para aprender a sumar, restar, multiplicar i dividir, seguidas de algunas nociones del sistema métrico decimal.—1 vol. de 32 pájs. en 18. ° —Imprenta de *La Patria*.

Manual de hidrografía práctica. Compilacion hecha a la vista de las mejores obras inglesas que tratan sobre la materia, por Luis Uribe, teniente de marina.—1 vol. de 72 pájs. en 4. ° —Imprenta de *La Patria*.

Defensa del comandante de la "Esmeralda", don Luis A. Lynch, por el abogado don Vicente Santa Cruz.—1 vol. de 16 pájs. en 4. ° —Imprenta *Colon*.

Catalogo ilustrado de lo expuesto por Rose Innes i C. ° en su anexo a la Exposicion Internacional de Chile de 1875.—1 vol. de 374 pájs. en 4. ° —Imprenta de *El Mercurio*.

Código de aduanas de la República de Chile que comprende la ordenanza de 26 de diciembre del 72, el reglamento decretado el 6 de agosto de 75 i otras varias disposiciones complementarias. Edicion oficial.—1 vol. de 238 pájs. en folio.—Imprenta de *El Mercurio*.

Maderas de Chiloé i Valdivia, 60 muestras expuestas por la Compañía de Maderas i Buques.—1 vol. de 30 pájs. en 8. ° —Imprenta de *El Mercurio*.

Sexta memoria de la compañía Sud-americana de Caracoles.—1 vol. de 20 pájs. en 4. ° —Imprenta de *El Mercurio*.

Liceo de Valparaiso. Distribucion de premios.—1 vol. de 18 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Pequeño compendio de historia santa, por J. Chantrel, traducido del frances por Primitivo Echavarría Coussel.—1 vol. de 20 pájs.—Imprenta del *Universo*.

Razon de la marcha del Instituto de caridad de Nuestra Señora de Dolores, por el director.—1 vol. de 8 pájs. en 4. °

COPIAPÓ.

Estadística minera de la provincia de Atacama, correspondiente a los años 1873-1874.—1 vol. de 163 pájs.—Imprenta *Atacama*.

ERRATA.

En la página 23, renglon 6. °, dice: unos mozos del escote, de Juana o de la máscara, etc.; léase: unos mozos, del escote de Juana o de la máscara, etc.